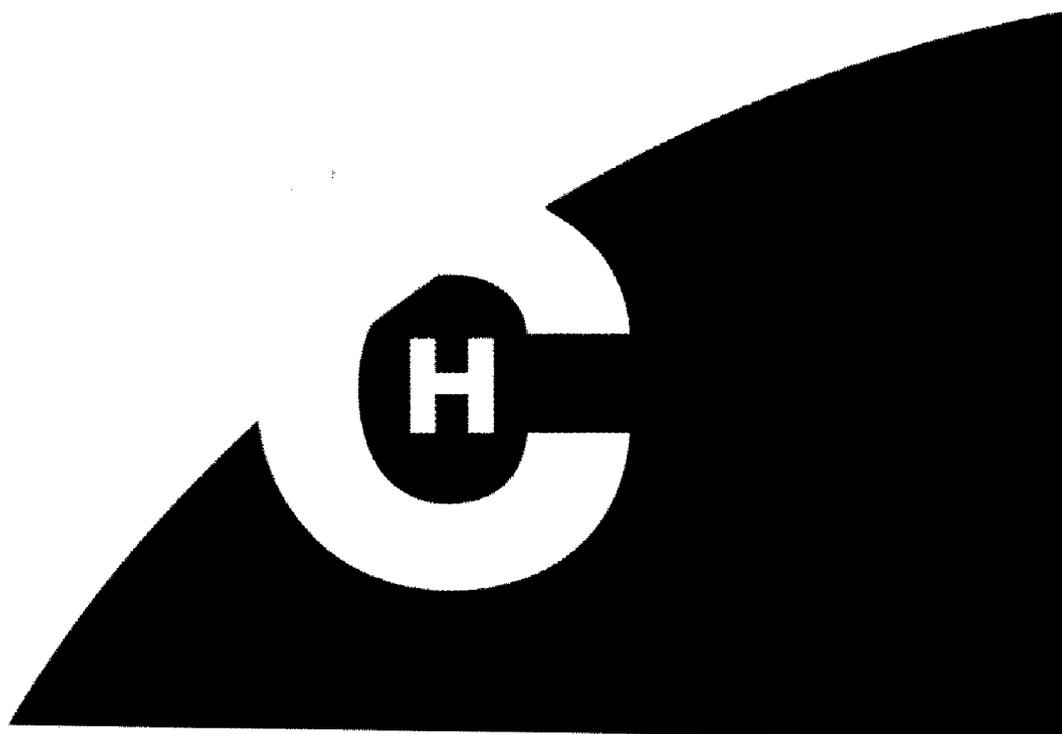


Editorial

Benjamín Prado

Hay quienes creen que la cultura no sirve para nada y quienes le atribuyen una función social, educativa o ideológica; pero seguramente nadie ha ido tan lejos como la escritora austriaca Ingeborg Bachmann, para quien la tarea esencial del poeta consiste, simplemente, en «no negar el dolor». Es una idea sencilla pero contundente que nos dice que no tiene sentido una literatura hecha de espaldas al sufrimiento, ciega a la injusticia, impermeable a los dramas que ennegrecen el mundo. Es fácil imaginar la cantidad de enemigos que tendrá esa teoría en unas sociedades que, a menudo, apuestan por una cultura superficial, más dirigida al ocio que al conocimiento, y que en el ámbito de la política desempeñe un papel decorativo.

Por fortuna, algunas iniciativas van en sentido contrario, y una de ellas es la Carta Cultural Iberoamericana, un documento firmado por veintidós países el año pasado en Montevideo y sobre el que se acaba de debatir en un seminario celebrado, este mes, en la Universidad Nacional Tres de Febrero, de Buenos Aires. Las



conclusiones a las que se ha llegado son fáciles de compartir, aunque tal vez no sean sencillas de llevar a cabo. Una de ellas es que se deben poner en marcha políticas que recuperen del expolio y la devastación a que han sido sometidas por sus conquistadores de ayer y hoy las culturas de los pueblos indígenas.

Otra, que los diferentes Estados de Iberoamérica deben comprender, de una vez por todas, que la cultura no es otro ministerio y otra partida presupuestaria, sino un derecho democrático y una necesidad esencial.

Ojalá que esos discursos no sean palabras que se va a llevar el viento cruel de la economía, como tantas veces, porque resulta dramático seguir asistiendo al debilitamiento de unas sociedades cuya cultura es colonizada por invasores que la abaratan y transforman sus tesoros en bisutería.

Es digno de imaginarse un futuro en el que se proteja, aliente y use como bandera una cultura que a pesar de todo ha conseguido, en condiciones muy adversas, abrirse paso y dar grandes creadores que, al final, son la imagen, los apellidos y la memoria de sus países, porque han dejado escrito su nombre en la piel inestable del tiempo y porque han sabido retratar la realidad y abrirle los ojos a sus lectores o espectadores, dejar que vieran todo lo que les esconde la publicidad y tergiversan tantos gobernantes corruptos, con o sin uniforme.

Por fortuna, no sólo han ido desapareciendo de nuestros mapas la mayor parte de las dictaduras, aquellos reinos del terror cuyos tiranos se hicieron personajes de algunas novelas de Mario Vargas Llosa, Gabriel García Márquez o Augusto Roa Bastos, sino que por fin parece que la soberanía popular se asienta en el continente y, con ella, renacen viejas conciencias de justicia y libertad. Es un camino lleno de curvas y tramposos, sin duda, pero es el mejor de todos los posibles, y lo será aún más si conjeturas como la Carta Cultural Iberoamericana salen del marco de los buenos propósitos y se convierten en modelos de gobierno ©

